

UN PAPEL EN EL SUELO

Ocasionales testigos de la escena que vamos a referir, lo fuimos a hora matinal de un domingo de primavera, uno de esos maravillosos domingos barceloneses, de ambiente fresco y limpio, en los que constituye una singular delicia, reservada tan sólo a quienes capaces sean de apreciarla y gustarla en toda su rara intensidad, salir a dar un paseo sin rumbo fijo, simplemente a «flâner», como dicen nuestros vecinos, por las avenidas, plazas y calles recién aseadas, desiertas en aquella hora que (lo comprendemos) para la gran mayoría de ciudadanos resulta completamente intempestiva, casi bárbara, y que, en cambio, nosotros, menos dormilones o más sibaristas de lo local puro, no dudamos en reputar de ideal, única para el goce de nuestro paladar estético en trance de captar las bellezas que también lo urbanístico puede ofrecernos si recibe inteligente cuidado.

Sin estrépito, sin apenas tránsito, escasos aún y un mucho soñolientos los chirriantes y anacrónicos tranvías, hoy en completo desacierto ya con lo que el crecimiento y rango de la gran urbe evidentemente reclaman, creado el verde nuevo de los árboles (Barcelona, afortunadamente para ella y sus moradores, es ciudad de árboles, pero aún caben muchos más) por la suave y refrigerante brisa marinera, dueña y señora del urbano espacio, a gloria pura sabe ese deambular sin prisas—que hartó las hubo durante la laboriosa semana—por el ámbito familiar y amigo, de esta sin par Ciudad mediterránea, nuestro «cap i casal», que hace ya un buen haz de años, quiso acogernos, maternal y propicia, cuando aún no había sido disipado del todo en nuestras asombradas e ingenuas pupilas la rotunda dia-

fanidad del entrañable y añorado rincón nativo, de ese bello país nuestro que la tramontana cuida de subrayar en invierno y el cascabelero gregal aviva en verano, como rivalizando en querer mantener el armonioso conjunto del cuadro en permanente estado de «vernissage».

Un tanto abstraídos, aunque sin norte fijo el pensamiento, lenta y confiada la andadura, feliz y ocasionalmente despreocupada de los peligrosos cruces, en la mano—raro fuera—ese inseparable amigo que alguien, sin duda, amargado, llegó a motejar hasta de «sutil veneno», íbamos recreándonos en la callada y devota contemplación del vacío escenario humano, cubriendo, morosos, las etapas y cortando en perpendicular la monotonía de la urbana cuadrícula, la tan discutida solución urbanística que hay quien aún hoy sostiene pudo ser fácilmente evitada y, desde luego, hubiera sido una evidente suerte al menos mirando a las exigencias de la perspectiva.

Y... he aquí que, de pronto, nuestra vista instintivamente fijóse en la presencia de un caballero, de mediana edad él, pulcro en el vestir, correctos porte y ademán, que, diríase un tanto nervioso, pasaba y repasaba ante uno de los poco confortables bancos de piedra de la amplia avenida, junto al cual campeaban a sus anchas unas nada limpias hojas de periódico que seguramente momentos antes servido habrían de ocasional envoltura a un, por las trazas, sustancioso almuerzo, y que, con su impúdico revolotear por un aseado conjunto, ponían una discordante nota de incultura, de incorregible, ancestral dejadez en la, por lo menos en aquella hora, bruñida área urbana, no profanada aún por el tránsito avasallador del humano rebaño, del cual, queramos o no todos al fin somos una parte alicuota, con los inherentes vicios y virtudes al total atribuibles.

El atildado caballero, después que hubose cerciorado de que nadie alrededor le atisbaba—nosotros, para no cohibir su acción, que presentíamos, cuidábamos de disimular nuestra curiosidad tras las discretas hojas del libro que acarreamos—vimos como, finalmente, se agachaba, no sin cierta precipitación, y, recogiendo los sucios papeluchos, que convirtió rápidamente en un rebujo, los fué a echar en la negra boca de un próximo imbornal, acabando de empujarlos a su adecuado destino con

la punta del pié impecablemente calzado.

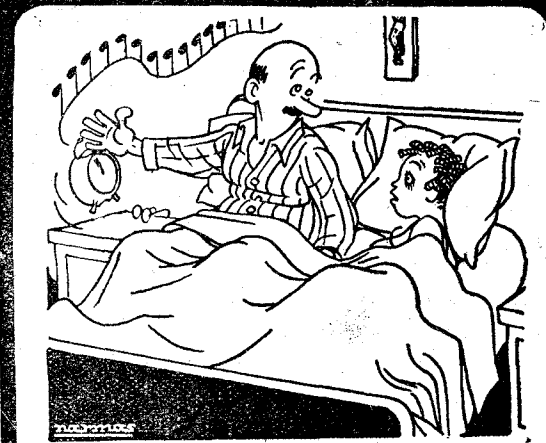
Terminado que hubo su hazaña, nuestro buen caballero sacudióse las manos, que acabó de limpiar en el blanquísimo pañuelo, y continuó, con toda pausa, su camino, erguido, digno, hasta diríamos que acusando un cierto aire de pueril triunfo y una leve sonrisa de íntima satisfacción dibujándose en sus labios de fino corte sensual.

Hemos de confesar que la escena, quizá por su misma rareza, nos dejó agradablemente asombrados por lo que tuvo de exquisita simplicidad. No se trataba ya, a la razón, del empírico gesto habitual de quien, saco en hombro, hace de la recogida de papeles en la vía pública oficio y grangería, y que, con igual desenfado que aquí le vemos recoger, más allá esparce, si a mano le viene.

Nada de eso. Esta vez era todo un caballero, cuyo porte a la legua denotaba selección, clase, el que, descendiendo, elevábase a sí mismo al librar de la mácula de una provocada e intolerable presencia aquel limpio cuadro urbano por el que él, seguramente buen descubridor y catador de belleza, gustaba apacentar su experimentada e inteligente mirada en aquella deliciosa mañana primaveral, cifra y compendio de

(Termina en la página 2)

UN CHISTE CADA SEMANA



EL CIUDADANO CONCIENTE

—Pero ¿qué es eso? ¿Cómo se te ocurre poner el despertador a medianoche?

—Es que ahora entramos ya en día par y he de ir a cambiar el coche que tengo aparcado en la Rambla Vidal.

PRESENTADO POR
GUBIAS Y TUBOS
BELL VEHÍ

ANCORA